

El nuevo rostro del racismo

Axel Kahn, médico, especialista en genética y escritor, Director del Instituto Cochin de Genética Molecular (Francia) y ex presidente del Grupo Europeo sobre Ciencias de la Vida (LA VANGUARDIA, 10/04/05)

El 12 de febrero del 2001, *Nature* y *Science*, dos de las revistas científicas más importantes del mundo, publicaron simultáneamente sendas versiones de la secuencia del genoma humano. Así supimos que los seres humanos tienen unos 35.000 genes, que difieren muy poco de un individuo a otro. En todo el mundo, los comentaristas se asombraron de que un ser tan prodigioso como el hombre pueda formarse con tan pocos genes. El gran parecido entre los genomas de personas de etnias diferentes, oriundas de regiones del mundo separadas por distancias de miles de kilómetros, tranquilizó a muchos, que se dijeron: "He aquí la prueba de que las razas no existen y, por lo tanto, el racismo carece de toda justificación posible y está llamado a desaparecer en breve, como es de esperar..."

Me temo mucho que se hayan sacado conclusiones demasiado apresuradas, ya sea por ignorancia o por influjo de apriorismos ideológicos. En primer lugar, examinemos la función de los genes. Evidentemente, no hay un solo gen por rasgo físico, característica psíquica, don o comportamiento específico que determine inevitablemente que un ser con una cognición tan desarrollada como el hombre tenga que poseer un número de genes superior al de un vulgar animal. De hecho, el modo de actuar de los genes -o sea, el mecanismo por el que influyen en las propiedades de los seres vivos- es combinatorio, de la misma manera que es combinatoria la forma de colocar las palabras que dan sentido a una frase o un texto.

Ahora bien, así como la calidad de un texto literario no radica en el número de palabras utilizadas, la amplitud de las potencialidades del ser humano tampoco se explica por el número de genes. Empleo a propósito el término potencialidad, porque la combinación de los genes no determina la posibilidad de que un ser humano se eduque en contacto con una comunidad de sus semejantes. Aislado o criado por animales, cualquier vástago de la especie humana acabará siendo uno de esos niños salvajes de los que se han dado numerosos ejemplos documentados a lo largo de la historia, y que no pudieron alcanzar las capacidades mentales características del hombre. El efecto combinatorio de los genes explica que diferencias genéticas mínimas puedan tener consecuencias considerables en los seres vivos, como lo atestiguan los aspectos y las capacidades muy diferentes del hombre y del chimpancé, que tienen un 98,4% de genes idénticos.

Sigue estando muy extendida la ideología *pangenética*, según la cual los genes determinan directamente las cualidades y los comportamientos de los individuos y las sociedades humanas. Esa teoría es la causante directa del asombro de muchos ante la noticia de que el hombre no tiene más genes que un asno o un buey, y muchos menos que un sapo. En ese tipo de prejuicio se basan también las noticias sensacionalistas -y poco científicas- de que se han identificado los genes de la inteligencia, de la agresividad o de otras muchas características psíquicas. Es evidente el vínculo entre la persistencia de semejantes ideologías deterministas y el racismo. Podemos imaginar qué estragos causaría en poblaciones a menudo dispuestas a creer en la omnipotencia del gen el anuncio simultáneo de estas dos noticias: se ha localizado una zona de un cromosoma asociada a la

inteligencia, y se ha comprobado que esa zona presenta formas distintas en las diversas etnias. La gran homogeneidad genética de los seres humanos del mundo entero -confirmada por el estudio del genoma- no basta por desgracia para conjurar la amenaza de una desviación racista de la biología, por dos tipos de razones.

En primer lugar, la índole combinatoria del efecto de los genes hace que diferencias muy leves puedan tener, sin embargo, importantes repercusiones en los seres. En segundo lugar, la afirmación de que el racismo es ilegítimo porque en el plano biológico -y más concretamente en el genético- las razas no existen, equivale a decir que, si existieran, el racismo sería admisible. Ahora bien, ni el origen del racismo ni la justificación del antirracismo estriban en eso.

No hay razas humanas en el sentido en que solemos referirnos a razas animales distintas. Todos los seres humanos presentan de hecho una gran homogeneidad genética, porque su antepasado común -que vivió hace unos 200.000 años como máximo en África- es muy joven en comparación con el inicio de la evolución de la vida. Al parecer, todos los continentes se han poblado con grupos de una población que emigró de África hace unos 70.000 años. El color de la piel, que desempeña un papel tan importante en los prejuicios racistas, no refleja una divergencia genética, sino más bien un fenómeno de oscurecimiento progresivo de la piel a medida que se va del norte hacia el ecuador. El promedio de diversidades genéticas entre los individuos de una etnia específica es superior al existente entre dos etnias diferentes, aunque sean tan poco semejantes como las poblaciones escandinavas o las melanesias.

Por indispensable que sea, esta demostración científica corre el riesgo de ser insuficiente. En primer lugar, porque apenas tiene efecto en la vida de la gente corriente que no tiene dificultad alguna para distinguir en la calle amarillos, blancos, negros, mediterráneos morenos o escandinavos rubios. En segundo lugar, porque no tiene en cuenta las frecuentes raíces socioeconómicas de un racismo que, a menudo, es una manifestación del malestar y del malvivir, por ejemplo entre las poblaciones desfavorecidas de las grandes urbes. En tercer lugar, y sobre todo, porque paradójicamente hay pocas relaciones entre la realidad de las razas y el racismo. En efecto, todos podemos observar que los peores excesos racistas se adaptan muy bien a la inexistencia de las razas humanas. El discurso racista moderno ya no suele proclamar la incompatibilidad entre las razas, sino entre las costumbres, las creencias y las civilizaciones. De lo que se habla es del choque entre las culturas, y lo que se rechaza ya no es tanto a la persona negra, blanca o amarilla, sino más bien las preparaciones culinarias, los olores, los ritos religiosos, las sonoridades y las costumbres de los demás.

A menudo, la fuerte expansión de la uniformidad cultural y la imposición de los estándares occidentales que la mundialización económica trae consigo hacen que algunas comunidades reaccionen encerrándose en sí mismas. Se trata de un reflejo de defensa contra una civilización opulenta y dominante, a la que se percibe como portadora de una doble amenaza de exclusión y despojo de las raíces propias. A veces, se ha llegado incluso a un auténtico apartheid cultural cuando se ha conjugado el efecto de la reivindicación identitaria de las minorías con el de la intolerancia, o lo que es incluso peor, el desprecio y la indiferencia de la mayoría. Ahora bien, en el comunitarismo a ultranza se da una tendencia que me parece inhumana.

En efecto, los intercambios culturales son una característica esencial de las civilizaciones y de su evolución. El dinamismo de las sociedades humanas siempre ha ido de par con los intercambios e importaciones culturales, que -a la inversa de la uniformidad impuesta por una cultura dominante- son

generadores de diversidad y abren nuevos horizontes al desarrollo del espíritu humano. Las razas animales, en cambio, no intercambian sus costumbres, conservan sus particularidades etológicas y evolucionan casi exclusivamente por efecto de las variaciones genéticas y ecológicas. La diversidad humana, por consiguiente, sólo es un factor de enriquecimiento mutuo cuando va unida al intercambio. La consecuencia de la uniformidad es la misma que la del encerrarse en sí mismo. En ambos casos se esteriliza el diálogo y la civilización declina.

En resumen, la biología y la genética no confirman en absoluto los prejuicios racistas, y a los científicos les incumbe la responsabilidad de refutar las tesis pseudobiológicas que demasiado a menudo se invocan para respaldarlos. Esa refutación es relativamente fácil, aunque insuficiente, porque es obvio que el racismo no necesita la realidad biológica para hacer estragos. Por otra parte, también sería un contrasentido querer fundamentar la lucha contra el racismo en la ciencia. En efecto, la dignidad humana carece de definición científica porque es un concepto filosófico. Por eso, la lucha contra el racismo y en pro del reconocimiento de la dignidad igual de todos los seres humanos, independientemente de su diversidad, es ante todo un combate de índole moral y la expresión de una honda convicción que evidentemente no es privativa de los científicos.